BIBLIOTECA

OBRAS DE YRIARTE
OBRAS DE YRIARTE
OBRAS DE YRIARTE
OBRAS DE YRIARTE
OBRAS DE YRIARTE
OBRAS DE YRIARTE
LOS ERUDITOS A LA VIOLETA
EL VICTORIAL
CRONICA DE DON ALVARO DE LUNA
POEMAS ÉPICOS
ROMANCERO GITANO
CANCIONERO DE LA ROSA
CANCIONERO DE LA ROSA
LA LEYENDA DE ORO
LA LEYENDA DE ORO
Cancionero de baena.

El truco del olvido*

Esta novela ha sido escrita por un antiguo combatiente norteamericano en Vietnam, y tiene en su centro la matanza de My Lai (16 de marzo de 1968) y el desesperado intento de uno de los que participaron en ella por borrarla de su memoria y de su vida[1]. John Wade, mago vocacional y político profesional, es un personaje de ficción, pero los hechos en los que ha tomado parte como sujeto activo, testigo y cómplice no lo son: están minuciosamente documentados por el tribunal de guerra que juzgó a los responsables, al frente de los cuales se hallaba el teniente William Calley (por lo demás, el único condenado). En estos documentos, y en su propia experiencia vietnamita (1969-1970), se apoya el autor. A partir de aquí, imagina una terrorífica biografía individual, probable síntesis de muchas otras reales y, al mismo tiempo, metáfora de una estrategia política conocida: la que preconiza, en tantas partes del mundo, la amnesia colectiva. Su conclusión es obvia, pero no por eso menos valiosa: es imposible olvidar, reescribir la historia. Y si se cae en la tentación de este pase mágico, la verdad, a la larga, aflorará. El mago caerá víctima de su magia.

A John Wade, sus compañeros de guerra lo llamaban, precisamente, *El Mago.* Cuando era niño, se ejercitaba ante un espejo de cuerpo entero en hacer desaparecer cosas. Ya adulto, no sólo tendrá oportunidad de maravillar con estos trucos a sus camaradas en Vietnam, sino también de maravillarse él mismo ante un tipo de magia que hasta entonces ignoraba: la que borró del mapa, en apenas cuatro horas, una aldea entera con sus habitantes (mujeres, ancianos y niños, bebés incluidos: cerca de 200 víctimas en el mejor de los casos, más de 400 en el peor). A partir de aquí, el horror impregnará el pasado, poblará sueños e insomnios, clausurará las puertas del futuro de *El Mago,* a menos que, por medio de un nuevo artificio, logre ocultar (y ocultarse) todo, empezar una nueva vida.

La oportunidad se le presenta cuando es trasladado a una oficina militar: «No era algo infalible, pero podía intentarlo. Fue a los archivadores y sacó la gruesa carpeta que

* *Tim O'Brien,* En el lago de los Bosques, *traducción de María Sorda Cristoff, Anagrama, Barcelona, 1999, 295 pp.*

[1] *Del mismo autor sobre el mismo tema, la guerra de Vietnam, Anagrama ha publicado* Las cosas que llevaban.

contenía la relación de los soldados de la compañía C [...]. Durante las dos horas siguientes hizo los cambios necesarios, que en su mayoría consistían en reescribir; también utilizó un poco las tijeras, y luego quitó su nombre de cada documento y se aseguró de que no dejaba cabos sueltos. Hacer aquello alivió, hasta cierto punto, su sentimiento de culpabilidad. Era como si se hubiera quitado un peso de encima. Se dijo que a otros niveles más altos seguramente también habría alguien que estaba reescribiendo otros documentos, alguien que estaba alterando otros hechos».

La novela, que va ofreciendo sus claves en retrospectiva, empieza con un John Wade candidato a senador de los Estados Unidos (después de haber sido senador estatal y vicegobernador) derrotado estrepitosamente en las elecciones primarias de 1986. La causa de esta derrota: las revelaciones periodísticas de *eso,* aquel pasado innombrable que sólo él (ni siquiera su esposa, Kathy) conoce.

En el inicio de su derrumbe político y moral, Wade decide refugiarse durante unos días, junto a Kathy, en una cabaña solitaria a orillas del lago de los Bosques, cerca de la frontera con Canadá. Aquí ambos trazan planes de felicidad dentro de la infelicidad general, que no es sólo de ahora, en el momento en que la máscara de político emprendedor y con buenas intenciones de Wade se hace pedazos ante los ojos de todos, comprendida su mujer, sino de siempre (desde el día siguiente al de la boda, a la vuelta de Vietnam), puesto que si *El Mago* había logrado hacer magia con los papeles comprometedores –como en su infancia, cuando «colocaba una moneda en la palma de su mano, la cerraba, y la moneda se convertía en un ratón blanco»–, al fin y al cabo no puede repetir la hazaña con los hechos, o sea con los muertos, cuyo recuerdo, instalado implacablemente en su conciencia, es irreductible a cualquier truco, por mañoso que sea, y va destruyendo lentamente su matrimonio a la par que su personalidad. Al principio, recién casado, el truco de Wade había consistido en emplear otro: «Se imaginó que ponía una ciudad en la palma de su mano, cerraba el puño y la transformaba [por su actividad como *político-mago*] en un lugar más feliz». Y es que, «en política, todo eran trucos. Como en el espectáculo de un mago, alambres invisibles y trampillas ocultas».

Sin embargo, los frágiles proyectos de felicidad se quiebran cuando una mañana Kathy desaparece de la cabaña, una desaparición a primera vista inexplicable, como por arte de magia. Supuestamente, se ha internado con un pequeño bote en el lago, y la inmensidad se la tragó. ¿Otro truco de *El Mago?* ¿La ha

asesinado (y tendría sus motivos: una antigua infidelidad de ella; sus propios ataques exacerbados de violencia, sobre todo en los últimos tiempos, bordeando la locura), o simplemente la mujer se ha perdido, o ha decidido abandonarlo, o se ha ahogado o suicidado? Lo cierto es que Kathy, de pronto, ya no está: se esfumó, como la moneda o la ciudad en la palma de la mano, o como My Lai, y nunca se sabrá ni cómo ni por qué. La investigación subsiguiente no va a aclarar nada –aparece un *sheriff;* se suceden, en forma de capítulos independientes, las *Hipótesis* y los *Testimonios;* la novela, en lo que tiene de policíaca, se quedará sin final–, pero servirá para reconstruir la biografía de Wade, lo que no es otra cosa que la construcción de la historia por el autor, así como la recuperación de la Historia después del intento de otros de destruirla reescribiéndola.

Y mientras que una de las *Hipótesis,* por ejemplo, nos lanza a la soledad espléndida y pavorosa del lago junto a Kathy, para perdernos con ella entre su brillo, sus jirones de niebla, sus islotes enmarañados y cubiertos de pinos, sus infinitos canales, sus orillas salpicadas aquí y allá por cabañas de pescadores abandonadas, preguntándonos con ella cuál es el rumbo correcto, dónde está el norte y dónde el sur, qué hacer, si atracar en aquella playa o continuar, los *Testimonios* retienen un variado y sorprendente repertorio de sedes que incluyen desde declaraciones –pertenecientes al orden de la ficción– de familiares, allegados, vecinos, colegas o conocidos del matrimonio, hasta fragmentos de la documentación real levantada con ocasión del juicio militar a los responsables de la masacre de My Lai.

De este modo, el autor parece adoptar deliberadamente los mismos recursos de su protagonista: lo que ocurre, tal vez no ocurrió (es sólo una *hipótesis* o, más bien, una ilusión); la narración se fragmenta como el cuerpo de la *partenaire* troceado por el mago (entre tanto, o en los *intersticios,* habla el teniente Caliey, habla el general Custer, habla George Sand...); los propios *testimonios,* absolutamente heterogéneos, se integran, no obstante, en una totalidad, a la manera de los breves y diversos números que son unificados por el mago en el espectáculo (ahora es la descripción de un episodio de la destrucción de My Lai o de la matanza de indígenas norteamericanos en el siglo XIX; ahora, una reflexión filosófica, seguida de la lección extractada, justamente, de un manual de magia, etc.).

Y al final, el truco supremo, esta vez nuevamente a cargo del protagonista, cundo él mismo, hastiado de todo, decide desaparecer siguiendo el rastro de su esposa en el lago

(transporte causal, se denomina en la jerga esta autofagocitación mágica). Al intentar comprender la muerte de su padre –que se ha ahorcado–, *El Mago* reflexiona: «Más o menos, la cosa funcionaba así: te dedicas a tus asuntos, cargas con los pesos que te agobian, te escudas en el silencio y ocultas esa historia que parece demoníaca a los demás y muy a menudo incluso a ti mismo [...], de vez en cuando tratas de olvidar y traicionas el presente con cada vaharada de fétido aliento procedente de los gases en descomposición de un pasado podrido. Y, un buen día, encuentras la cuerda de tender. Tienes la idea que te sorprende. Pones del revés el cubo de la basura, te subes a él, le das la patada y quedas unido al Misterio».

El mismo misterio (mágico) que rodea, desde la primera a la última página, a esta novela singular. Quizá porque, como añade *El Mago,* «es mejor dejar a tu público blandiendo los puños y gritando en la oscuridad, mientras unos se preguntan *¿Cómo?* y otros *¿Por qué?*».

Ricardo Dessau

En las brumas de la memoria*

Veintitrés años después de que el *Movimento das Forças Armadas* presentará el plan de descolonización que debía aplicarse al último de los sistemas coloniales europeos –el portugués– António Lobo Antunes editó su *Esplendor de Portugal* (1997). Al cabo de dos años, Siruela presenta el texto en castellano, el quinto título del autor que la editorial ofrece a los lectores españoles. Las obras de Lobo Antunes traducidas por Siruela corresponden a la década de los noventa *(Tratado de las pasiones, El orden natural de las cosas, La muerte de Carlos Gardel* y *Manual de Inquisidores)* aunque la producción literaria del autor portugués tiene ya veinte años de experiencia y *Esplendor de Portugal* es su duodécima novela.

Los seguidores de su prosa ya saben que enfrentarse a una nueva propuesta de Lobo Antunes es acep-

* *António Lobo Antunes.* Esplendor de Portugal. *Madrid: Siruela, 1999. Traducción de Mario Merlino. Libros del Tiempo, 109.*

tar un reto que obliga a una lectura atenta y tensa para evitar perderse en la complejidad estructural y técnica que caracteriza su escritura. Son obras que buscan un lector participativo que acepte la labor de ir completando la trama argumental al acumular y ordenar las medidas dosis informativas que el autor va liberando sobre personajes y hechos. La técnica narrativa del autor portugués exige un lector que se sepa consciente de moverse siempre entre intuiciones que poco a poco se van confirmando y que, a su vez, despiertan otras; un lector, en definitiva, que irremisiblemente se deje absorber por las páginas del relato hasta el final. Aunque Lobo Antunes se declara actualmente más interesado por el proceso literario que por el tema narrativo o el retrato psicológico de sus personajes, estos dos últimos aspectos adquieren un protagonismo de marcada contundencia en *Esplendor de Portugal*. Sí es cierto, no obstante, que a Lobo Antunes, más que un determinado comportamiento psicológico o el desarrollo de un tema, le seduce organizar su territorio ficcional a partir de estrategias discursivas enormemente sugerentes que impliquen al lector y mantengan su tensión de lectura. Al mismo tiempo, busca situar los resortes de la mente a flor de piel, evidenciar los vacíos que ésta crea para intentar superar una vivencia, o mostrar los extraños mecanismos de autoprotección que instintivamente el cerebro establece frente al sufrimiento o la desgracia. Como observador de la condición y las reacciones humanas y como estudioso de las formas inconscientes de justificación de las conductas, Lobo Antunes no deja escapar ni una sola de las oportunidades para mostrar cómo las circunstancias de la vida hacen que ésta se transforme abismalmente. El tono amargo y punzante, ya característico en sus obras, no evita que el lector se vea oscilando entre la sonrisa ante una situación dramáticamente tierna y el desasosiego ante la crueldad de injustas situaciones provocadas por la irreflexiva naturaleza humana.

Esta vez, *Esplendor de Portugal* –irónica alusión al himno nacional–, sin olvidar el tema de la muerte y la soledad que ya son una constante, sigue analizando el hilo conductor que articula su anterior novela, *Manual de Inquisidores:* el poder, su ejercicio y su pérdida. Le añade el recuerdo, un ingrediente imprescindible para desarrollar lo que el autor ha llamado *novela polifónica,* a partir del manejo de múltiples voces narrativas que, en primera persona, escarban entre los rincones de la memoria para reconstruir un pasado común. El punto de mira sobre el escenario que crea Lobo Antunes en *Esplendor de Portugal,* se proyecta desde la atenta observación de los recursos que tiene la mente humana para enfrentarse al

pasado, liberarse de él o refugiarse en el recuerdo para sustituir una realidad insoportable. La memoria mantiene en vida a los personajes y hace que su presente no tenga sentido si no es por el peso del pasado.

La mirada inteligente y lúcida sobre la cotidianidad de la vida portuguesa es el punto de partida de la mayoría de las novelas del autor, revelándose así como el analista –sarcástico, crítico, agresivo y escéptico, aunque de tirante e inquieta indulgencia– de las pequeñas vidas anónimas de clase media y de bajo nivel cultural. También *Esplendor de Portugal* deja ver, desde la cotidianidad, esos puntos de interés del autor: el universo de incomunicación que es la familia, la memoria de la infancia, el paso del tiempo transformando el recuerdo, la desilusión ante el incumplimiento de esperanzas y la mediocridad de la vida cotidiana. Para el lector español la cotidianidad que presenta el texto de Lobo Antunes resulta exótica y llena de situaciones excepcionales, pero es perfectamente identificable y se encuentra muy presente en la conciencia portuguesa actual. Fácilmente el escenario africano se entiende como un paisaje familiar para la sociedad portuguesa si se piensa que a finales de los años sesenta había más de seiscientos mil colonos en Angola, cifra que en una década triplicó su número, y que muchos de los que nacieron en los años cuarenta y cincuenta se vieron envueltos en una sangrienta guerra en diferentes puntos del continente africano. Obviamente, en *Esplendor de Portugal* no se vislumbra ni un atisbo de *saudade* por Africa o de nostalgia por el antiguo Imperio, sino que se pone de manifiesto que esa gloria portuguesa, en un momento de su historia contemporánea, fue despreciable para Portugal y que ese desprecio se manifestó no tanto por la creencia en determinadas ideologías como por actitudes y comportamientos de rechazo frente a realidades difícilmente asumibles. No es la primera novela de Lobo Antunes que aborda el tema de la guerra colonial y el éxodo portugués; en 1979 publicó *Os Cus de Judas,* novela en la que experimenta sobre la ficción de una realidad brutal desde un tono ferozmente anticolonialista, y en 1988 aparece *As Nazis,* una alegoría del viaje de expansión renacentista enfrentada al retorno de los portugueses de África en los años setenta. Hace mucho que los escritores portugueses hablan de la guerra colonial, tanto, que hasta ha originado un importante subgénero dentro de la narrativa lusitana de las últimas décadas del siglo XX. No obstante, a pesar de ser un tema literario y de encontrarse vivo en la sociedad portuguesa, la historiografía todavía no se ha decidido a enfrentarse en serio a esa parte de la historia de Portugal traumática, cruel y dolorosa.

Para explicar lo que significó África para la sociedad portuguesa, Lobo Antunes se sirve de las historias cruzadas en el tiempo y el espacio de tres generaciones de una familia de colonos de Malanje, en el norte de Angola y de su amasijo de recuerdos. Puede, así, contar la enorme diferencia que existía entre los blancos y los negros, lo que significaba ser portugués en África o serlo en Portugal, lo que quería decir ser amo en Angola o ser colono de regreso a Lisboa. Lobo Antunes deja ver que la independencia y la guerra civil en África eran, al mismo tiempo, una lucha de intereses internacionales por mantener el control de las riquezas naturales de Angola y que iniciativas privadas –belgas, francesas, inglesas y americanas– pretendían mantener sus prerrogativas al margen del gobierno portugués, de los movimientos independentistas o de la organización de guerrillas en el norte del país. El trauma de los *retornados* –muchos de ellos obligados a *volver* a un lugar donde nunca habían estado– y el drama de los que se quedaron en África son las dos bases estructurales de *Esplendor de Portugal* y la delimitación de sus espacios narrativos. A partir de ahí, imágenes, sensaciones, lugares, voces, sonidos que vienen del pasado se presentizan insistentemente para afianzar una realidad vivida y para definir el perfil psicológico de personajes marcados por redundantes obsesiones.

Así, esa voz evocativa de cada uno de los personajes, desde el intimismo y la confesión, está hablando también de Portugal y de su más reciente historia. El poder sirve para articular el juego de espejos que propone Lobo Antunes entre el microcosmos de la familia luso-angoleña –donde la todopoderosa Isilda gobierna sus plantaciones y decide sobre las vidas de sus esclavos– y el macrocosmos de la realidad política portuguesa e internacional que evoluciona inconsciente del embrutecimiento físico, moral y mental que han originado los avatares de la historia. Portugal no se acuerda de Isilda; sus tres hijos, desde Portugal, se niegan a recordarla; cada uno de ellos, antes unidos por África, se aísla en la claustrofobia de sus recuerdos y en la incapacidad de superar el pasado. La terrible polifonía de vidas que crea Lobo Antunes es muda y extiende una malla de biografías incomunicadas. La progresiva evolución hacia la locura de Isilda –su mente cada vez más interrumpida, sus recuerdos cada vez más deshilvanados–, la soledad del mestizo Carlos en el pobre apartamento de Ajuda, la demencia de Rui, abandonado en un sanatorio mental, y el envejecimiento cargado de somníferos de Clarisse, confirman, así, el tema final de *Esplendor de Portugal,* el desamparo.

Isabel Soler

La teología latinoamericana*

La primera característica didáctica que buscamos en un manual, del contenido que sea, es que nos proporcione datos, fuentes y materiales indispensables para tener una visión sinóptica adecuada a los fines de nuestra investigación. Si queremos acudir a un libro de consulta de teología es probable que para un lector profano esto de «teología» resulte confuso pues el paso del tiempo ha ejercido sobre la palabra distintas connotaciones. Desde la llamada teología «dogmática», desarrollada a partir de Trento, hasta la actual teología «política» promovida por J. B. Netz, por ejemplo, se producen evoluciones diversas en el pensamiento religioso sobre lo teológico (palabra sobre Dios) que un manual no siempre puede abarcar de forma correcta. En todo caso, si tenemos un volumen como el que presentamos titulado *Teología en América Latina* resulta lógico y coherente que, gracias a la formulación concreta del título y las fechas, el libro proporcione el encuadre sistemático adecuado para un investigador interesado en estos asuntos. Recordemos, sin embargo, que la voz «teología en América Latina» también es un vocablo que encierra una semántica difusa si se tiene en cuenta que, de un modo corriente, cuando se ha hablado de teología en relación con América Latina se ha pensado con frecuencia en «teología de la liberación». Uno de los aspectos indirectos que ofrece este estudio dirigido por Saranyana es precisamente observar que no toda la teología que se ha hecho en esas latitudes continentales es «liberación» y «cambio». Al contrario, podemos ver gracias a este volumen que el desarrollo y la forma que ha ido dando la Iglesias Católica a lo que es el «discurso sobre Dios» se constituye en una normativa ideológica profundamente anclada al naciente *status quo* de la América hispano-lusitanaa. Aunque, quizá, también se puede entrever en este estudio cuáles han sido en la Iglesia las semillas dispersas que en cierto modo anticipan la transformación del cristianismo latinoame-

* *Josep Ignasi Saranyana (dir.),* Teología en América Latina, desde los orígenes a la guerra de sucesión (1493-1715). *Volumen I, Iberoamericana-Vervuert, Madrid, 1999, 798 pp.*

ricano. En este contexto, podemos observar que las fechas de la investigación son muy concisas: 1493 y 1715. entre ambas se encierran un conjunto de problemas de índole eclesiástico-clericales que el equipo dirigido por Saranyana busca esclarecer. Gracias a documentos conciliares y decretos sinodales se termina por perfilar la línea doctrinal y el pensamiento católico de diversos autores que producen literatura teológica en tierras sudamericanas con el fin de llevar a cabo la labor evangelizadora propia de la Cristiandad. En este volumen se pasa revista a una serie de títulos catequéticos, homilías, tratados litúrgicos y de moral, crónicas, que en otras «historias de la Iglesia en América Latina» a veces se pasan por alto, lo cual ha impedido tener la perspectiva documental amplia, como la que nos ofrece este equipo.

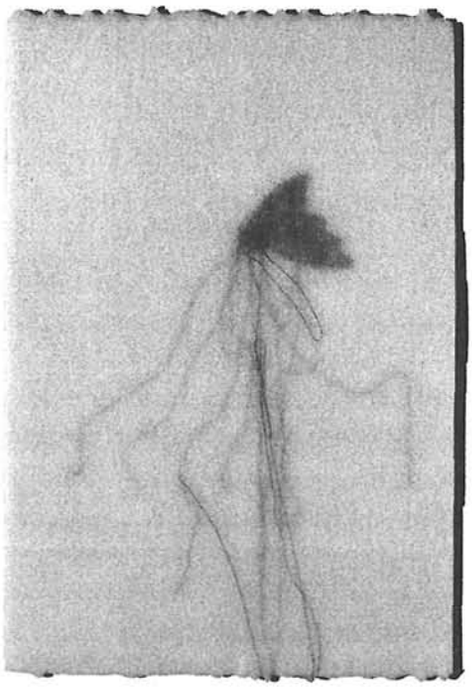
El examen sobre algunos de esos autores es ilustrativo y conciso, como el del ermitaño Ramón Pané que llegó a La Española en 1493 evangelizando a los indios taínos en las Antillas. Así también son de destacar las figuras del sacerdote Juan Díaz de Arce y la del dominico Francisco Navarrete que proclaman desde cátedras mexicanas las especulación bíblica típica del XVII. En este sentido, cabe hacer notar el énfasis que pone el libro en subrayar la recepción de Trento en Latinoamérica gracias al II Concilio Provincial de México (1565) y al Limense de 1567. Asimismo, se ponen de relieve las características académicas, y el influjo en el pensamiento de lo teológico, de las dos primeras universidades mayores del Nuevo Mundo, como son las de México y la de San Marcos de Lima (1551).

Entre los diversos enfoques interesantes de este trabajo podemos señalar el carácter ilustrativo que tienen algunos capítulos cuando se refieren al breve itinerario biográfico de determinados teólogos y pastoralistas del continente. Para ello se recurre a fuentes documentales —muchas veces inéditas— y a bibliografía de primera mano, lo cual va dando paso a un perfil más concreto de lo que ha sido la producción intelectual en el quehacer teológico del Nuevo Mundo en siglos pasados. En determinadas páginas se formula la típica disputa en torno a la función que reivindica Bartolomé de Las Casas respecto a la evangelización indígena, así como el contenido de los carismas ideológico-doctrinales de jesuitas, dominicos, franciscanos y agustinos en su papel apostólico-misionero implantado en Hispanoamérica. Especialmente sugerente resulta el capítulo XIV titulado «Joaquinismos, utopías, milenarismos y mesianismos en la América Colonial» a cargo de Ana de Zaballa Beascoe-

chea. Son perspectivas documentales que avanzan en los enfoques eclesiológicos del nombrado historiador de la Iglesia Enrique Dussel, similares a los planteamientos de Hans Jürgen Prien en su obra *La historia del cristianismo en América Latina.*

Con todo, las conclusiones que puede sacar el lector del conjunto de este estudio son llamativas: guardan relación con cierta ausencia argumentativa a propósito de los problemas establecidos entre cristianismo y sociedad de la época, así como los escasos contrastes, dentro de esos siglos, entre la producción teológica y sus consecuencias en el seno del pueblo latinoamericano. Esclarecer estos asuntos es lo que nos hace esperar con interés la aparición del siguiente volumen.

Mario Boero



El poder y sus hombres*

Con esta voluminosa obra culminan sus autores, al menos por el momento, toda una serie de investigaciones acerca de los hombres que han tenido en sus manos el gobierno ministerial de España desde los tiempos de Felipe V. Tales estudios, que alcanzan a la docena, empezaron a ver la luz en 1987 en distintas publicaciones científicas, especialmente la *Revista de Estudios Políticos* y el *Anuario Jurídico y Económico Escurialense,* sin olvidar el *Bulletin Hispanique,* donde apareció su valiosa «Sociología ministerial del siglo XVIII». Ahora esos trabajos han sido integrados en una exposición conjunta y coordinada que cubre, tanto en el estudio introductorio como en la relación alfabética de ministros, casi trescientos años. En esa «Prosopografía» figu-

* *José Manuel Cuenca Toribio, y Soledad Miranda García:* El poder y sus hombres: ¿por quiénes hemos sido gobernados los españoles? 1705-1998). *Madrid, Actas, 1998. 894 pp.*

ran 1.188 individuos, de los que se ha procurado indicar títulos nobiliarios, datos de nacimiento y muerte, adscripción social, ocupación paterna, estudios cursados en los tres niveles de enseñanza, titulación académica, profesión, carrera profesional, *cursus* político-administrativo, períodos en que ejerció como parlamentario, etapas o reinados en que fue ministro y ministerios concretos que desempeñó, con indicación de las fechas de ingreso y cese. A partir de este cúmulo de datos, los autores proyectan, para un futuro que suponemos próximo, la confección de un «Diccionario biográfico ministerial». Por el momento, sin embargo, nos adelantan este magnífico fichero del que los estudiosos podrán sacar indudable provecho.

Los mismos doctores Cuenca y Miranda llevan a cabo una amplia y sistemática explotación estadística de esos datos en un estudio introductorio de 300 páginas, con abundantes tablas intercaladas, en el que se contemplan desde la edad y procedencia geográfica de los ministros, hasta su nivel cultural en determinadas épocas (isabelina, Restauración y franquismo).

Para un americanista, el interés se centraría en las cinco docenas de ministros de Indias o de Ultramar que aparecen registrados desde que lo inauguró don Bernardo Tinajero en 1714 (no 1754, como por errata se dice en pp. 247-248), hasta su lógica extinción en 1900. La cifra de sesenta ministros, en números redondos, en casi dos siglos, parece indicar una moderada permanencia de cada titular en el cargo. En realidad el ritmo de variación resulta mucho más acelerado si se tiene en cuenta que en realidad este ministerio desapareció a finales del siglo XVIII y tuvo una existencia intermitente a lo largo del XIX. Por otra parte, se advierte el contraste entre el XVIII, centuria en la que unas pocos nombres aseguran la continuidad en el gobierno, y el XIX, en el que las frecuentes crisis determinan la fugacidad de los nombramientos.

En el XVIII, restablecida la Secretaría de Indias en 1721 después de la privanza de Alberoni, este ministerio es encomendado por períodos superiores a una década a Patiño (1726-1736), Ensenada (1743-1754), Arriaga (1754-1776, veintidós años, caso extremo), y Gálvez (1776-1787). Subraya esta voluntad de permanencia por parte de la Corona el hecho de que, salvo Ensenada, víctima de una conspiración, los otros tres murieron en el ejercicio del ministerio. Otro tanto ocurrió con Pez en 1724 y con Campillo en 1743. Es bien conocido además el hecho de que la cartera de Indias fue acumulada con otra u otras, principalmente Marina, pero tam-

bién Hacienda o Estado. Sólo Gálvez fue ministro exclusivamente de Indias, siendo el cargo dividido a su muerte y luego, en 1790, suprimido por Floridablanca.

En el siglo XIX, aparte del restablecimiento de este ministerio por la monarquía de José I, también reapareció brevemente (1812-1815 y 1820-1823) en la España de la Regencia y de Fernando VII, alternándose la denominación de Indias con la de Ultramar. La última etapa de esta institución, ya con el nombre de Ultramar, comienza en 1863, con Gutiérrez de la Concha, quien, como varios de sus sucesores (Cánovas, Maura y Moret, entre otros), alcanzaría la presidencia del Gobierno. Los autores advierten algunas de las peculiaridades de esta cartera: son varias las personas que la ocupan dos o más veces, y son frecuentes en ella los escritores o intelectuales (Balaguer, López de Ayala, Núñez de Arce). También son muy numerosos los individuos nacidos en Ultramar que ocupan este y otros ministerios.

En obra de tanto empeño, los autores no han rehuido la posibilidad de definir el origen social de los miembros de la élite ministerial, distinguiendo a los nobles (con títulos antiguos o nuevos) en contraposición de los burgueses, los de clase media y los de clase modesta. Más aún, se han esforzado por proporcionar el perfil del «ministro tipo», perfil cambiante según épocas. Así llegan a determinar que los ministros del XVIII solían ser nacidos en Madrid o en el País Vasco, en tanto que en el XIX la mayoría nacían en alguna de las capitales andaluzas. Después vendría la diversidad de las carreras funcionarial o política, hasta alcanzar el Ministerio y después de haberlo ejercido.

Habiendo estudiado con anterioridad la jerarquía eclesiástica de la España contemporánea, el doctor Cuenca Toribio demuestra en *El poder y sus hombres* el dominio alcanzado de la metodología para el estudio de grupos, junto con la voluntad de acometer objetivos cada vez más ambiciosos, noble propósito en el que la doctora Miranda García colabora con plena eficacia.

Luis Navarro García

Jean Starobinski, de cuerpo entero*

Dotado de varias profesiones (desde el piano a la psiquiatría), Jean Starobinski, bajo la advocación de Montaigne, ha ido cumpliendo una obra de ensayista, en el sentido raigal de la palabra: ensayar, intentar. En una época heredera del viejo positivismo reverdecido en el nuevo de los estructuralistas, rehusó encajarse en los moldes de la obediencia cientifica. Por mejor decir, de su imperialismo, el cientificismo, que lo cree todo explicable científicamente, incluso el impulso intuitivo que mueve a la ciencia misma y a sus hombres. Antes y al final, Starobinski ha preferido una suerte de entendimiento poético, que explica con estas palabras: «El poder de la poesía (...) consiste en hacernos sentir que el conocimiento objetivo más perfecto, para los seres finitos que somos, jamás podrá constituir el todo de la vida y el sentido». Nuestra existencia es fragmentaria y nuestra consciencia quiere siempre ampliar el alcance dado de las palabras. En ese espacio de analogía virtual se sitúa el entendimiento poético, una apelación a nuestra libertad. Con ella y desde ella ha trabajado Starobinski: su amplitud de intereses resulta la prueba más visible. Aspirando a lo universal desde una situación individual históricamente particularizada, ha desplegado su ensayo, su intento.

Era inevitable que, en cierto instante de su madurez, se ocupara del cuerpo. La música, la medicina, la escritura, tienen una realidad corporal no sólo inmediata (todo lo vivo lo tiene) sino especialmente significativa. Para Starobinski, la actitud elemental, fundacional, del filósofo (Sócrates es el ejemplo obvio) consiste en estar acostado, en colocar el cuerpo de modo que descanse, sereno, equilibrado, y ello hasta la propia agonía. El filósofo acostado contempla la altura a la vez que deja fluir su interioridad. Conserva su enigmático salvajismo interior hasta en el mundo moderno, acosado por un medio externo agresivo, hostil, a veces inhabitable.

El cuerpo es anterior a todas las categorías de la compleja trama subjetiva, tan aquerenciada en la cultura de Occidente. Ya Maine de Biran lo define como aquello que aparece al yo como suyo. Nacemos

* *Jean Starobinski,* Razones del cuerpo, *edición de Julián Mateo Ballorca y Fernando Vidal, Cuatro, Valladolid, 1999, 237 pp.*

con esa percepción de lo propio, el cuerpo. Entonces actúa como una totalidad, la cenestesia. Tardío y construido, aparece luego el mundo exterior. Existe a partir del cuerpo propio, como una modificación de éste.

Lo primero que supo el ser humano, en el grado cero de la historia, fue el carácter moral de su realidad corpórea, Adán y Eva en su impúdica desnudez. Esta viñeta es el emblema de la sociedad que, por medio del lenguaje, domina la consciencia y legisla sobre el cuerpo. Freud llevó, precisamente, por medio de la palabra, el inconsciente desde lo puramente orgánico al aparato psíquico, porque la palabra es la que cubre y, en consecuencia, organiza el pudor, que es el fundamento de la convivencia social. No mostrarás, no dirás.

Starobinski razona en términos de lenguaje, a partir de la escena anterior, el mito del Paraíso perdido. Lo paradisiaco fue un medio verbal donde el mismo signo era, a la vez e indisolublemente, música, poesía y ciencia. Hombre, Dios y naturaleza conformaban una unidad, la Unidad. Palabra perfecta y comunicación plena se correspondían. Luego vino la historia, a partir de la expulsión: la ciencia consideró erróneo lo meramente sensible, arrinconado o exaltado como dominio del arte, del otro saber. En el arte lo meramente subjetivo y lo inconmensurable dejan de ser residuales, cantidades desdeñables de la existencia, y acaban siendo rescatados por la poesía, con lo que se completa una imagen dual, dialéctica, vivaz, del universo: un centro regular (dominio de la ciencia física) y una superficie irregular (dominio de la poesía). Lo sensible es el saber de esta última, en plan de revelación, de epifanía de la vida individual. El individuo presente ante sí mismo contiene la presencia universal en el mundo.

En la poesía late la aspiración a una lengua universal, aquella que tuvimos en el Paraíso, sólo existente como pérdida. Entre tanto, vivimos entre las lenguas y los bables de Babel. Somos púdicos en tanto sociales y soñamos con la impudicia de la palabra desnuda y desvergonzada, que a veces entreluce en el canto.

Desde luego, el tejido temático anterior lleva a considerar el asunto de la personalidad/identidad. El cuerpo emite una cantidad de mensajes, mayormente inconscientes, y su percepción es lo que llamamos personalidad. No sabemos si el cuerpo cuenta con un lenguaje o si sus mociones son recibidas como lenguaje por la consciencia. En todo caso, ella es un agregado, un epifenómeno. La conforman, sobre todo, las palabras inducidas por la sociedad, por la educación y su larga herencia cultural. Cuando la respuesta verbal es insuficiente en

relación con las demandas del cuerpo, aparece la enfermedad mental. Es un no poder decir, una falta de elocuencia del cuerpo al ser traducido a lenguaje.

De vuelta, la intención de la psique (o el alma, como se prefiera) se pierde siempre en el cuerpo, que es su escenario equivocado. Los impulsos no se satisfacen nunca en el cuerpo real sino en un cuerpo ilusorio, algo que parece corporal pero no lo es: un fantasma. En tanto es lo puramente sentido, el cuerpo es la nulidad del sentido, su colmo y su aniquilación. O viceversa: su fundamento y su inmediatez. En términos de significación: la nada.

El pensamiento humano es, por paradoja, una actividad que se da a partir del cuerpo pero que se somete a la superioridad jerárquica de un espíritu imperfecto por definición. El cuerpo sigue escoltando infatigablemente al pensamiento y constituyéndose en su inagotable objeto. Se revela a sí mismo de forma inmanente, al contrario del espíritu, que se revela al revelársele el mundo y al revés.

Entre un cuerpo pleno de sentido pero mudo y una identidad imperfecta, la palabra es la única promesa de continuidad y permanencia. En efecto, los psicólogos como Ribot y los novelistas como Proust nos han enseñado que la identidad del yo y la experiencia sensible no garantizan permanencia alguna. El yo tiene una consciencia intermitente de sí mismo, vacía y dispersa. Existe si varía constantemente y sólo aparece en nuestra historia (o, por eso mismo, tiene historia). Entre esos dos polos mediados por el lenguaje se tiende la historia espiritual de Occidente, que Starobinski diseña con una parábola delicada y sumaria, la que va de la plenitud insignificante del Paraíso a la infinita resignificación de la Caída, con un nuevo e inventado Paraíso como objetivo.

Blas Matamoro